

Tinduf desolada

AURELIO ARTETA

Han sido nada menos que 52 las resoluciones favorables desde 1990, aunque ya hemos perdido la cuenta. Como cada año, también el último (el día 14 de diciembre) la Asamblea General de la ONU aprobó por 70 votos a favor y ninguno en contra otra nueva resolución reafirmando que el del Sáhara Occidental es un problema de descolonización interrumpida que sólo puede resolverse mediante la práctica del principio de autodeterminación. España se abstuvo en la votación. Nuestro representante en las Naciones Unidas adujo que, aun cuando su Gobierno apoyaba ese principio, no era el único susceptible de abordar este proceso descolonizador. No consta que el embajador pasara entonces a exponer qué otro principio sería aplicable para acabar con esta vergüenza política que dura ya demasiado.

Ignorante de los recovecos de la política internacional, a uno le parece una inhibición culpable. Es escandaloso que España se abstenga de aliviar la suerte de la región del planeta en la que le asiste menos derecho a abstenerse y más deber de estar implicada. Incluso habría más razones para disculpar esa vergonzante neutralidad en Estados Unidos y Francia, países con los que en este litigio España está alineada. Al fin y al cabo, Sáhara Occidental no ha sido nunca una porción de aquellos Estados como lo fue del nuestro. Por eso muy pocos días después el presidente argelino pudo sacar los colores al español pidiéndole mayor compromiso con vistas a organizar el referéndum requerido por la legalidad internacional. Y es que, recordó Buteflika a Rodríguez Zapatero, "España no puede quedarse indiferente ante la suerte actual del pueblo saharauí, que ustedes colonizaron desde 1885 hasta 1975". ¿O no es tal indiferencia la que hoy permite que sea el reino de Marruecos el nuevo y más brutal colonizador?

Por lo que se escucha en los campamentos, los saharauís confían en la sociedad española, pero tienen al Gobierno español como enemigo. Es verdad que la responsabilidad última corresponde a las Naciones Unidas, pero pocos Gobiernos del mundo como el nuestro guardan la llave de la solución del proble-

ma. A falta de autoridad mundial con poder para disuadir a la actual "potencia ocupante" (Marruecos), le tocaría a la anterior "potencia administradora" (España) emprender pasos que desbloqueen la situación. Pues ésta se pudre a tal extremo que, según bastantes refugiados, la única esperanza reside en una nueva guerra con el invasor. No porque haya la menor confianza en ganarla, claro está, sino porque sólo así los jugadores decisivos de la partida se verían forzados a mover ficha en este tablero político congelado.

Podría ser entonces que el Gobierno no estuviera defraudando tan sólo a los pocos saharauís, sino a muchos españoles más, y que en este punto fuera tan enemigo nuestro como suyo. Es cosa fácil de entender. Antes o después, un Gobierno democrático debe y suele dar noticia de sus políticas, lo mismo de sus proyectos que de sus resultados.

Se trata de una obligación sin la cual el ciudadano permanece incapaz de formar su juicio político y, por tanto, de ejercer el debido control de sus mandatarios. De modo que, mejor o peor, la opinión pública española está oficialmente informada de las razones de la salida de nuestras tropas en Irak o de nuestra actual presencia militar en Bosnia y Afganistán. Hasta podría recordar que, bajo la presidencia de España, el Consejo de Seguridad aprobó en 2003 por unanimidad la resolución 1.495 en apoyo del Plan Baker para descolonizar el Sáhara Occidental, esa resolución que no quiere aplicarse. Ahora bien, ¿quién explicó a esa opinión pública el giro radical de nuestra política en este conflicto precisamente a partir del último cambio de Gobierno? ¿Algún ciudadano conoce por boca del ministro Moratinos la postura oficial ante la estrategia marroquí y el futuro a

medio plazo de la ex colonia? Quizá se nos pasó por alto, pero ¿acaso ha dedicado el Parlamento español una sola sesión a debatir de esta notoria injusticia que un Gobierno franquista comenzó y varios Gobiernos democráticos llevan treinta años manteniendo? ¿Cuál es entre nosotros el partido que introduce este pleito en su campaña electoral o en su agenda política?

Se dirá que el ciudadano medio, en su habitual desidia hacia la cosa pública, tiende a despreocuparse de las andanzas de su país en política exterior. Y eso es cierto, salvo seguramente a propósito de Sáhara Occidental. En este asunto, una nutrida población española está volcada a través de múltiples asociaciones de solidaridad, ayuda humanitaria, acogida de niños, etcétera, mientras su Gobierno no da señales de sentirse preocupado. Así las cosas, en la medida en que hemos convertido ya a esas gen-

tes en bastante "nuestras", junto al derecho a saber la suerte que se les prepara nos mueve también un justificado interés en saberlo.

Aceptemos, pues, con algún entendido que el derecho al autogobierno del Sáhara no ha de equivaler sin más al derecho a su independencia. A lo mejor bastaría que ese autogobierno garantizara el retorno y una vivienda digna a los exiliados, la disposición autónoma de sus riquezas naturales y la libertad para defender sus proyectos políticos. Sólo que, desde su probado desprecio hacia los mandatos de la autoridad internacional —y conforme al trato político que dispensa a sus propios súbditos— no es de esperar que el régimen de Mohamed VI acceda de buen grado al reconocimiento de tales cotas de soberanía saharauí. Y la pregunta es cómo va a favorecer España ese reconocimiento, mientras vende a aquel régimen las armas que lo vuelven imposible.

Al visitante de los campamentos de Tinduf le abate el espectáculo desolador de aquel paraje y de sus pobladores. Los mayores se entregan a rumiar el pasado, los más jóvenes no se hacen ilusiones sobre su porvenir, los niños acuden a una escuela a la que sus maestros —desprovistos de alicientes— faltan cada vez más. Entre tanta basura sin recoger y pozos sépticos sin depurar, cunde la desidia y la demoralización. Son vidas sobradas: al carecer como refugiados de derechos políticos, carecen también de derechos como seres humanos. Se ha dicho que la solidaridad hacia estos despojos de Tinduf discrimina a la mayoría que malvive en los territorios ocupados a merced de la presión y represión marroquíes. ¿Y no podría nuestro Gobierno contribuir al acercamiento de estas dos partes de la quebrada sociedad saharauí para así forzar a la observancia del reiterado dictamen de las Naciones Unidas?

Porque sería sencillamente infame que tanta memoria histórica para los de aquí dejara olvidados a los de allá, esos que un día nada lejano también fueron de los nuestros.

Aurelio Arteta es catedrático de Filosofía Moral y Política en la Universidad del País Vasco.

EL ROTO



REVISTA

DE PRENSA

THE KOREA HERALD No es un logro pequeño

Corea del Norte ha aceptado cerrar sus instalaciones nucleares en Yongbyon y someterlas a inspecciones internacionales en 60 días, a cambio de ayuda energética, (...) que se incrementará si prosigue su desmantelamiento. Éste es el corazón del nuevo acuerdo firmado en Pekín el martes, que no es más que el primer paso hacia un total, irrevocable y verificable desmantelamiento nuclear. Si las experiencias pasadas sirven de guía, habrá muchos obstáculos en el camino del acuerdo final. (...) Sin embargo, el acuerdo no es un logro pequeño, tras la amenaza que supuso para la seguridad regional la prueba nuclear efectuada por los norcorea-

nos en octubre pasado. Se ha aminorado de forma drástica la posibilidad de intervención militar concebida como opción viable, tal como en un momento la llegó a contemplar EE UU.

No es casualidad que el nuevo acuerdo resulte familiar, porque de hecho es una continuación del alcanzado por las seis partes implicadas el 19 de septiembre de 2005. (...) La Administración de Bush parece aparcar su política habitual sobre Corea del Norte, que consistía en hacer cualquier cosa menos lo que hizo Clinton. (...)

El alcance de la implicación y ayuda económica que se espera de Corea del Sur en el proceso sólo podrá justificarse con un compromiso norcoreano de destruir todo su arsenal de armas nucleares y de no volver jamás a probar, producir, tener ni almacenar armas nucleares. En pocas palabras, tendrá que ayudar a eliminar el peligro de guerra nuclear y así cooperar en la construcción de un régimen de paz en la península de Corea.

Seül, 14 de febrero

FORO

DIGITAL

Los lectores pueden exponer sus comentarios sobre la pregunta del día en la dirección www.elpais.com/foros/. Las respuestas no deberán superar los 300 caracteres y serán difundidas en la edición digital de EL PAÍS. Una selección será publicada en la edición impresa del periódico a las 48 horas de formulada la pregunta.

¿Cree que España se resquebraja entre las regiones ricas y las regiones pobres?

Al contrario, las diferencias son cada vez menores. **Bribón.**

No lo creo. Y la consolidación del nuevo modelo autonómico, tan denostado por la derecha, debería atenuar esas diferencias entre regiones ricas y pobres. Todas

las comunidades autónomas cuentan con grandes presupuestos. Las grietas son entre ciudadanos, dentro de todas y cada una de las comunidades. **Ammu.**

Todos los países tienen zonas más "ricas" que otras. Ése no es el problema. Lo que resquebraja a España es la falta de respeto al pensamiento del otro. España se está dividiendo entre realistas y surrealistas. En personas que opinan sobre la realidad y personas que tergiversan la realidad a su antojo. **Gloplu.**

El artículo del Sr. Llamazares tendría algún sentido de haber sido escrito hace treinta años, pero ya no: ya no hay tierras irredentas en España. Las desigualdades poblacionales de este país vienen de su misma diversidad geográfica. Tenemos un país geográficamente muy dispar, con verdegales y desiertos, mesetas y depresiones, regiones heladas junto con zonas subtropicales, por no hablar de las islas. Nuestro país

es un minicontinente. Pero España es una de las naciones con menos disparidad en el desarrollo económico de sus diferentes regiones. Si se compara el Piemonte con el Mezzogiorno, o Connecticut con Mississippi (renta *per cápita* de 2 a 1 en ambos casos), se ve que la desigualdad es mucho menor entre las regiones de nuestro país. La distribución poblacional y de renta entre las regiones no causa ninguna desvertebración. Zamora y Soria, por ejemplo, son ciudades de gran calidad de vida, buenas infraestructuras y muy bien comunicadas. Por favor, Sr. Llamazares, no invente problemas, que ya tenemos muchos. **Alfie.**

LA PREGUNTA DEL DÍA:

¿Cómo deben ser las relaciones entre la Unión Europea y la Rusia de Putin?

(Pregunta suscitada por el artículo de Joseph Nye.)